

La educación por competencias en los estudios filosófico-teológicos¹

Grupo de investigación Theolab

Cuando la Santa Sede a través de su agencia de promoción de la calidad de las facultades y centros eclesiásticos de educación superior, la AVEPRO, comienza en el año 2007 a desarrollar un proceso de convergencia hacia la construcción del espacio europeo de educación superior, conocido como el «proceso o estrategia Bolonia», surgen casi inmediatamente una serie de desconfianzas y sospechas a propósito de la conveniencia o no de la asunción de estos principios. No es que haya sido un movimiento «negacionista» exclusivo de las academias teológicas porque «Bolonia» ha sufrido de hecho, la continua necesidad de justificar su proceso ante una ingente cantidad de rechazos provenientes del propio ámbito universitario, de filosofías contrarias al supuesto constructivismo pedagógico que subyacería entre los principios que llevaron a la firma del Tratado, de movimientos antisistemas que preveían una suerte de «mercantilización» de la educación... Sin embargo, como ha destacado el profesor Gabino Uribarri, cuando parece que se va imponiendo un cierto consenso en todos los planes universitarios de Europa y se han ido madurando las perspectivas positivas de su implantación, es precisamente en el entorno de los centros de estudios eclesiásticos dónde pervive cierta resistencia. Así lo expresa:

Algunos opinan que estamos pervirtiendo absurdamente la enseñanza teológica y eclesiástica, con una jerga incomprensible y con un planteamiento desen-focado. Otros muchos se quejan de la burocracia. No pocos no entienden para qué tanto cambio, al menos de nomenclatura, si al final parece que hay que hacer lo de siempre y hacerlo bien: conseguir que los alumnos aprendan y disfruten haciéndolo; realizar una investigación rigurosa y pertinente. ¿Por qué

y para qué nos hemos embarcado o, mejor, nos han embarcado en semejante galimatías?¹.

La constatación de Uribarri no nos es extraña de ningún modo porque desde que en las sedes del Istic hemos intentado secundar este proceso e ir asumiendo algunas de las exigencias de la AVEPRO, no han sido pocas las voces de profesores y alumnos que mostraban su incomodidad ante los cambios que necesariamente se ofrecían para la docencia y la incorporación de nuevos recursos pedagógicos. Cabría decir que las resistencias ante los elementos de una nueva cultura pedagógica son lógicos y hasta buenos porque ofrecen la oportunidad de clarificar y de asentar con mayor sentido y alcance la perspectiva que se nos ofrece en el contexto de nuestros estudios. Sin embargo, que el espíritu resistente no se sujete a elementos concretos, más o menos discutibles, sino que se extienda hasta una línea de principios puede estar revelando una indebida «acomodación» que nos es propia de la Teología; tampoco de la esencia del filosofar. Cuando se escuchan aseveraciones tajantes del tipo: «para qué tanto rollo si lo que necesitamos es un buen manual», «no hay posibilidad de dedicarle tanto tiempo a este tema y encima, nos exige un montón de trabajos», «yo me limito a explicar lo básico porque si no veo interés para qué tanto esfuerzo» o peor aún: «vienen con tan poca base que lo que pretende Bolonia es ridículo», «yo aprendí como se ha hecho siempre y no me ha ido tan mal» o «la teología no necesita de tanta parafernalia sino mucho tiempo de estudio», no podemos sino preguntarnos, si cuando tratamos de la enseñanza y el aprendizaje de nuestras materias estamos hablando de saberes estáticos que no se ven afectados por el acrecentamiento del conocimiento científico, por el contexto sociocultural en el que vivimos o por la radicación eclesiológica que hizo nacer la reflexión teológica y que asumió el saber filosófico como instrumento único e insustituible para la transmisión de la fe. Desde esta perspectiva, para enseñar y estudiar filosofía o teología bastaría con aprenderse la Biblia y emparar nuestra memoria de una serie de contenidos que considerásemos esenciales.

Evidentemente estoy exagerando de modo reconocible porque quiero llamar la atención sobre algo que es muy propio del conocimiento teológico y que quizá nos lleve a pensar que la adaptación al proceso Bolonia no sea motivo, independientemente de que se consideren acertados o no unos medios determinados, para una oposición global o una enmienda a la totalidad. Santo

¹ G. URIBARRI, «La cultura de la calidad en las facultades eclesiásticas según la AVEPRO. Una perspectiva española», *Estud. Eclesiásticos* 89, 384 (2014) 3-33, 4.

Tomás de Aquino, a quién hoy conmemoramos, sugiere en varias ocasiones la necesidad de repensar el modo de enseñar y de hacer teología. En su comentario al *De Trinitate de Boecio*, afirma: «oportet primum scire modum scientiae quam scientiam ipsam» y él mismo explica: «ante scientiam oportet inquirere modum sciendi»². Es necesario determinar cómo es posible el conocimiento antes que el propio conocimiento y no solo en cuanto a la fundamentación epistemológica de la teología, sino en cuanto al modo de transmitirla o explicarla. De tal forma que, aunque Boecio no adoptase una doctrina errónea, podría inducir a error o generar una irreparable confusión si no atendiese a un correcto modo de enseñar esa doctrina verdadera.

Unos años más tarde, sobre el 1260, al redactar ya la primera parte de la Suma Teológica, seguirá insistiendo en la necesidad de plantearse no solo la posibilidad de la ciencia teológica, sino de entender cómo es posible su enseñanza. Volveremos a ello enseguida pero baste ahora darse cuenta que, desde la perspectiva del *Aquinate*, es tan apropiado para la enseñanza de cualquier disciplina, tanto la explicación de los contenidos como la pedagogía para su transmisión y que «no es de recibo» plantearse un esfuerzo desmedido por la exposición de las argumentaciones teológicas y al mismo tiempo, mantener una cierta pereza intelectual para revisar las pedagogías de transmisión. En este sentido, creo que todo el proceso abierto en Europa y asumido por la Santa Sede, a través de la AVEPRO, habría que verlo más como una oportunidad única que en nada repugna a la enseñanza de nuestras carreras que como un «lastre» o complicación innecesaria. De hecho, quizá seamos capaces de presentir en todo este proceso de renovación, un anhelo que también ha sido constante en la tradición teológica, desde los Padres de la Iglesia hasta los teólogos del siglo XXI, por hacer significativo tanto el mensaje como la enseñanza del mensaje.

Si ahora quisiésemos destacar los principios esenciales de la estrategia Bolonia, que no se refieran a legislaciones educativas (movilidad, plan de tres ciclos, reconocimiento universal de títulos...) podríamos focalizar los siguientes: el alumno es el centro de su proceso de aprendizaje (*autolearning*), la formación se concibe como una tarea para toda la vida (*longlife learning*) y la educación por competencias (*learning outcomes and competences*). De entre estas, quizá la más importante y la que más ha causado un vuelco en el modo de concebir la enseñanza es la educación por competencias. Además, es la que hace posible

² S. TOMÁS DE AQUINO, *Exposicion Del De Trinitate De Boecio*, trad. por A. García Marqués y A. Fernández González, Eunsa, Pamplona 1986, q. 6, a. 1. ad 1; lect. II.

tanto el autoaprendizaje como una formación permanente. En el Istic, desde hace aproximadamente dos cursos, estamos trabajando en descubrir las posibilidades que nos ofrecería una enseñanza por competencias, cuáles serían esas competencias y cómo podrían estructurar nuestros planes de estudio. En unos momentos, algunos compañeros explicarán su experiencia sobre los estudios en el Istic desde la perspectiva de algunas competencias que se proponen, pero antes me gustaría abundar un poco más en la relación que existe entre una enseñanza que busca la adquisición de competencias y la razón final de la enseñanza de la Teología y la Filosofía en nuestros Centros.

Phillip Renczes, en un magnífico artículo de 2008 sobre la educación en los Padres de la Iglesia, ha demostrado la intrínseca relación que existe en la mente de los Padres entre la educación y el corazón mismo de la teología cristiana y llega a suponer una comprensión antropológica que él llama «bi-valente» en el siguiente sentido:

[...] desencadena en el beneficiario de la educación un dinamismo “bi-direccional”; en efecto, por una parte, la educación trata de “sacar” lo mejor del que es educado, ayudándolo con distintos medios para que pueda desarrollar sus cualidades y talentos. En este sentido, la educación se presenta, en cuanto sinónimo de “formación”, como la promoción y aumento de determinadas potencialidades presentes en la persona. Por otra parte, sin embargo, la educación se prefigura como una “eliminación” de los obstáculos presentes y, en cierto sentido, “operantes” en el individuo en estado “pre-educado”³.

Efectivamente, según Renczes, al considerar ese carácter esencialmente «bi-direccional» del proceso educativo, aparece con nitidez que los Padres de la Iglesia, desde los primeros momentos de la reflexión teológica, reconocieron en la educación una noción clave para comprender la «bi-valencia» de la actuación de Dios frente al hombre⁴ que en su divina pedagogía no solo se manifiesta para que el hombre lo conozca a Él y a sus designios, sino que excita con su Gracia o «diviniza» sus facultades interiores para que pueda dar una respuesta desde lo que él es, desde la globalidad de su ser. Esta es la razón por las que en pasajes de Clemente de Alejandría, Orígenes o Ireneo de Lyon en los dos primeros siglos del cristianismo o de Gregorio de Nisa y Agustín más

³ P. RENCZES, «Raíces del pensamiento educativo cristiano: los Padres de la Iglesia», *Edetania Estud. y propuestas socio-educativas* 35 (2008), Universidad Católica de Valencia «San Vicente Mártir» 69-80, 69-70.

⁴ Cf. *Ibidem*, 71.

tarde, somos capaces de percibir una comprensión de la educación muy lejana a posteriores comprensiones individualistas. El papel de la educación en el pensamiento de muchos Padres no tiene que ver tanto con el desarrollo exclusivo de las facultades intelectivas superiores cuanto con la moción de las facultades interiores desde las que la educación se extiende hacia el compromiso moral y la vida social o comunitaria. Así, educar no debe interpretarse solo como «hacer conocer» sino como «ex-ducere»: conducir desde lo que uno es hacia un nuevo modo de ser.

No podemos hablar de correspondencias absolutas pero si nos preguntamos ahora qué son las competencias educativas y nos aproximamos a una de las definiciones más aceptadas en la actualidad: «los conocimientos, habilidades y destrezas que desarrolla una persona para comprender, transformar y practicar en el mundo en el que se desenvuelve»⁵, tendremos que reconocer que los Padres «verían con mejores ojos» esta comprensión de la educación que una formación basada en la mera conceptualización y que afectase solo al desarrollo cognitivo de los alumnos sin transformar su propio ser. De hecho, Renczes llega a identificar un *teologúmeno* que los Padres del siglo III y posteriores, sobre todo en la escuela antioquena, reciben del aristotelismo según el cual el fin de la educación es una instancia conocida como «disposición adquirida» o *hábitus* que «no son ni “procedentes de la naturaleza” ni “principios contra la naturaleza” sino potencialidades adquiridas a través del ejercicio de determinadas acciones»⁶. Así los Padres ponen de relieve «la posibilidad inscrita en el hombre de progresar en un proceso de crecimiento que se puede describir sumariamente como el paso del ser “natural” a una “manera de existir” personal»⁷.

No pensemos por todo esto que los Padres sufren una suerte de «voluntarismo educativo», como por otra parte también se le ha criticado al actual sistema de educación por competencias a propósito del «saber hacer», sino que se trata más bien de la implicación de toda la persona en el proceso de su formación. Estaríamos hablando de un proceso, por decirlo así, «vocacional» en el que no cuenta solo lo que uno conoce o sabe hacer, sino también las disposiciones interiores, la ilusión, la curiosidad intelectual, la laboriosidad, la cooperación... y

⁵ «Competencia (aprendizaje)», Wikipedia (2016)

[https://es.wikipedia.org/wiki/Competencia_\(aprendizaje\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Competencia_(aprendizaje)) [Consulta: 20 enero 2017], introducción.

⁶ P. RENCZES, «Raíces del pensamiento educativo cristiano», 77. 7 *Ibidem*, 77-78.

⁷ *Ibidem*, 77-78.

sobre todo, la apertura del propio ser a «ser de otro modo». Será un Padre del siglo VII, San Máximo el Confesor, el que lo describa más adecuadamente:

“Educación” no significa en último análisis solo un proceso de transformación del hombre, que se desarrolla en una misteriosa cooperación entre la gracia divina y el esfuerzo humano para conseguir una cercanía cada vez mayor con el modo de ser de Dios mismo. “Educación” significa también un proceso de acercamiento de Dios mismo al hombre, de aquel Dios que, “nacido de una vez por todas según la carne, quiere, gracias a su amor por el hombre, nacer siempre de nuevo, según el Espíritu, en aquellos que lo desean”⁸.

A estas alturas podríamos afirmar con claridad por qué la formación por competencias es tan apropiada en nuestros estudios filosófico-teológicos, más incluso, que en cualquier otra disciplina. Y entendemos que el estudio de una ciencia que se basa en la acción manifestadora de Dios en la historia, requiere una implicación de la persona entera: de su «saber», de su «saber hacer» y también de su «saber ser». Es propio de la enseñanza teológica contar con y estimular una respuesta integral del ser humano a la Revelación de Dios y así lo indica la *Instrucción sobre la vocación eclesial del teólogo*:

Puesto que el objeto de la teología es la Verdad, el Dios vivo y su designio de salvación revelado en Jesucristo, el teólogo está llamado a intensificar su vida de fe y a unir siempre la investigación científica y la oración. Así estará más abierto al «sentido sobrenatural de la fe» del cual dependa y que se le manifestará como regla segura para guiar su reflexión y medir la seriedad de sus conclusiones⁹.

Volviendo de nuevo a Santo Tomás de Aquino, al comienzo de la Suma Teológica se preguntaba si es posible a uno enseñar a otro y concluía que solo es posible si se cuenta con lo que el otro es, con esa disposición habitual que hace posible la integración de nuevos conocimientos con lo que uno ya posee. Con sus propias palabras:

El maestro no produce en el discípulo la luz intelectual; no produce tampoco directamente las especies inteligibles, sino que por la enseñanza mueve al discípulo para que él, por su propio entendimiento, forme las concepciones inteligibles, cuyos signos le propone exteriormente¹⁰.

⁸ MÁXIMO EL CONFESOR, *Ambigua ad Ioannem*, 7, PG 91, 1084 C-D. Traducido y citado por Renczes, *Ibidem*, 80.

⁹ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Inst. Donum veritatis acerca de la vocación eclesial del teólogo* (24 de mayo de 1990), 21-41: AAS 82 (1990), 1559-1569, N.º 8.

¹⁰ S. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I, q. 117, a. 1, ad 3.

Explicará que el maestro puede contribuir de dos maneras al conocimiento del discípulo. O bien suministrándole algunos medios o ayudas de los cuales pueda usar su entendimiento para adquirir la ciencia o fortaleciendo el entendimiento del que aprende mostrándole la conexión de los principios con las conclusiones¹¹. En definitiva, tanto para los Padres, como hemos visto, como para Santo Tomás, el aprendizaje no se circunscribe exclusivamente a la apropiación de especies intelectuales, sino que concierne a toda la persona, a sus habilidades y destrezas que le permitan realizar una síntesis real, no solo intelectualmente, sino por decirlo así, vitalmente. Dicho de otro modo: el aprendizaje concierne a la persona entera, a todas sus capacidades intelectuales y prácticas, porque su fin es la perfección de la vida. Así lo indica él mismo en el proemio del *Comentario a la Metafísica de Aristóteles*: «Todas las artes y todas las ciencias se ordenan a una sola cosa, a saber, la perfección del hombre que es su bienaventuranza». Este es un fin general que se aplica a todo arte, también al de enseñar tal como él lo concibe.

Qué bien podemos entender entonces, aquella carta tan dura que Dietrich Bonhoeffer escribió a sus alumnos de teología y en la que les exhortaba: «Ante todo, solo debe estudiar Teología cuando honradamente piense que no puede estudiar otra cosa. Pues el que muchos que habrían sido buenos teólogos sean, en vez de eso, buenos médicos o abogados, es más leve que el que haya un solo teólogo que no habría debido serlo. Toda floración de vocaciones es ambigua»¹². Además de la razón aducida, explica más adelante:

“Puede integrar en su estudio teológico todos sus desvelos humanos: filosóficos, éticos, pedagógicos, sociales, todo lo que le pertenece como hombre. Pues es siendo teólogo como ha de hacerse un hombre pleno. Pero debe saber que el motor de su vida y su pensamiento como teólogo no puede ser otro más que la pasión de Jesucristo, el Señor crucificado. La vitalidad de las mil aficiones no puede conquistar a la Teología, sino que el teólogo nace cuando el hombre, con todas sus preguntas y su búsqueda, se tropieza con la cruz de Cristo; y cuando en el dolor de Dios bajo el odio del hombre, descubre la condena de sus aficiones y de su vitalidad. Aquí se da una transformación que supone el comienzo de la objetividad teológica y que convierte el estudio teológico en una audición responsable de la palabra de Dios, en vez de ser un monólogo afirmador de uno mismo o una especie de autoerotismo religioso¹³.

¹¹ Cf. *Ibidem*, r.

¹² D. BONHOEFFER, «Was soll per Student per Theologie heute tun?», *Gesammelte Schriften*, Kaiser Verlag - München, 1966, III, 243-247, 243. Traducción en *Selecciones de Teología* 13, 50 (1977).

¹³ *Ibidem*, 244.

Cabe preguntarse entonces ¿qué pretendemos con la enseñanza o con nuestro estudio de la filosofía o la teología? Si somos profesores nos damos cuenta que nuestra docencia no puede consistir en «repasar un temario» con los alumnos o impartir lecciones «de carrerilla» y evaluar positivamente con un examen si figuran los conceptos tal y como se han dictado en clase. Tampoco en exigir trabajos indiscriminadamente para asegurar que los alumnos lean las obras o artículos que se han previsto. La enseñanza de nuestras asignaturas debe considerar el crecimiento de nuestros alumnos como personas; la integración de los contenidos en su horizonte vital y ayudarles en su capacitación como teólogos o teólogas en el mundo contemporáneo y en nuestras comunidades eclesiales. Esto solo es posible si el docente considera, además de unos objetivos en cuanto a los contenidos, unas competencias que aseguren un desarrollo personal integral.

Si por contra, somos alumnos, se nos puede venir a la cabeza aquello de que «venimos a aprender unas materias, pero la formación personal y el desarrollo de mis capacidades no corresponde a este ámbito académico, sino a otros espacios como la comunidad cristiana, el Seminario, la familia...». Ya hemos escuchado el parecer de los Padres o del propio Bonhoeffer a la hora de relacionar el estudio de la teología con la propia vocación personal, pero es que esto es precisamente, lo que ha cambiado la comprensión de una educación basada en competencias. Lejos ya los días en que «educación competencial» se relacionaba exclusivamente con el ámbito de la formación económica o empresarial, el mayor logro de la integración de las competencias en la educación es, a mi juicio, el haber hecho comprender al mundo educativo que lo importante es, no sustituir a los alumnos, sino colaborar en su formación como personas, cada una distinta, con sus capacidades y sus potencialidades; cada una con su forma propia de hacer la síntesis entre teología y vida. Recuerdo, de cuando yo era alumno, a un profesor del Istic que nos insistía siempre en que él nos enseñaba el instrumental y las reglas del arte teológico pero no teología porque cada uno hace la suya. Y recuerdo también lo que algunos alumnos del Istic han denominado sarcásticamente como «el síndrome del Istic». Alumnos que han terminado la carrera, con años de experiencia en otras profesiones y que no son capaces de concebirse como teólogos o teólogas, ni por tanto de dar el testimonio ni ofrecer las aportaciones que se espera de ellos porque relacionan el desarrollo teológico con una especie de academicismo exacerbado, lleno de citas sin cuento y con un nivel de abstracción irreconocible en cualquier otro ámbito del conocimiento. Qué pena que tantas mujeres y hombres que han pasado por nuestras aulas no se consideren competentes para aportar reflexión teológica o de filosofía cristiana en

los medios de comunicación, en la enseñanza de otras carreras universitarias o de sus materias en colegios e institutos, en la política o en cualquiera de las manifestaciones culturales que desarrollan. Quizá es que los profesores hemos querido llenar sus cerebros de proposiciones y datos sin animar realmente otras facetas de la persona que se necesitan para ser teólogos; quizá es que los alumnos han renunciado a querer ser teólogos como ministerio eclesial y se han conformado con ser meros «magnetófonos» que han colmado su capacidad de registros que sin la Iglesia y la vida no sirven para nada. Hace poco lo manifestaba en un duro análisis, el profesor Felicísimo Martínez cuando le preguntaban su opinión por los alumnos de teología:

Las nuevas generaciones de teólogos deben asumir el compromiso de la inculturación, de una forma creativa y responsable. Deben asumir la tarea de la inculturación por propia cuenta. ¿Acaso no son las comunidades culturales las que deben realizar la inculturación del evangelio? ¿Acaso no se ha de realizar la inculturación desde el interior de la propia cultura? ¿Quién puede hacerla desde fuera? Pero, no podemos llamarnos a engaño: esta tarea supone valentía y coraje, y el gran esfuerzo de repensar y reformular el mensaje cristiano... y también la propia cultura. La inculturación es mucho más que simples adornos folclóricos de las ceremonias litúrgicas. En todas estas actitudes de los estudiantes de teología, se advierte un denominador común: la falta de coraje para asumir responsablemente el compromiso de hacer la propia teología, inculturada y contextualizada. No pueden contentarse con seguir pidiendo que sean los demás los que hagan la teología, y que además la hagan a su gusto. Tienen que asumir la responsabilidad del quehacer teológico, pero conscientes de que es eso: una “responsabilidad”. Es decir, tendrán que responder por el mensaje cristiano ante la tradición, ante la Iglesia, ante la humanidad, ante las futuras generaciones... Esto requiere esfuerzo, coraje, voluntad, ascesis... y muchas renunciaciones. La juventud actual tiene las mismas capacidades que las generaciones pasadas para hacer teología, para comprender la tradición, para interpretar y reinterpretar el mensaje, para actualizar el dogma, para inculturar el cristianismo... No solo eso, tienen muchos más recursos que sus antepasados: bibliotecas computerizadas, acceso a las últimas publicaciones de libros y revistas, internet, computadoras potentes, fotocopiadoras... Pero no sé si todas estas facilidades son para bien o para mal. Me explico: no sé si ayudan a pensar o dispensan de pensar. Ya San Alberto Magno se quejaba en el siglo XIII de aquellos que hacían consistir la ciencia teológica en un pasar las ideas “ex libris in libros” (de unos libros a otros), sin pasarlas por la mente y el corazón del teólogo¹⁴.

¹⁴ F. MARTÍNEZ DÍAZ, OP., «¿Nuevas generaciones de teólogos/as? ¡Estudiantes de Teología!», Koinonia, <http://servicioskoinonia.org/relat/266.htm> [20/01/2017].

Seguro que nos duele escuchar algo así y quizá pensemos que es injusto generalizar de esta forma, pero lo importante realmente es si estamos convencidos de que la educación teológica o filosófica no puede estar destinada a la sola adquisición de conocimientos y a demostrar la propia capacitación mediante evaluaciones que solo la miden cuantitativamente. Creo que entonces, sí podremos valorar que la propuesta de basar la formación que se imparte en el Istic en la adquisición de una serie de competencias académicas es una oportunidad real, para profesores y alumnos, de hacer revivir la enseñanza y el aprendizaje de la teología como una misión insustituible. Termino con este mensaje de San Juan Pablo II y dejo la palabra a los que pueden compartir sus experiencias:

No olvidéis vuestra importante misión en la Iglesia de nuestros días. Trabajad con diligencia y esmero. Sed meticulosos, pero impulsando una teología no solo de la razón, sino también del corazón. San Alberto Magno señaló siempre la necesidad de armonizar ciencia y piedad, penetración intelectual y hombre total¹⁵.

Experiencias sobre las competencias propuestas en el Istic:

Jesús Rodríguez Hernández

Competencia General: Capacidad de reflexión, de razonamiento crítico y de discernimiento entre lo esencial y lo accesorio.

Competencia Específica: Compromiso de servicio a la sociedad desde la visión cristiana del hombre y la Doctrina Social de la Iglesia.

Mi reflexión o valoración de los estudios de teología que durante más de 8 años he podido realizar en el ISTIC siguiendo los planes de estudios reglados primero de Bachillerato y actualmente de Licenciatura en Teología, ha de comenzar por subrayar que, si tenemos en cuenta lo dicho por Juan Jesús, tan solo en los dos últimos años de mi tiempo de formación he podido percibir el

¹⁵ JUAN PABLO II, «Alocución a los profesores de teología», Altötting - RFA (1980) http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1980/november/documents/hf_jp_ii_spe_19801118_professori-teologia.html [20/01/2017].

intento que se está haciendo por adaptar la enseñanza por competencias con las singularidades del estudio teológico.

Hace aproximadamente tres años se ofrecieron algunas charlas en nuestro centro para informar al alumnado sobre en qué consistía y cómo afectaría al Istic el plan o el llamado proceso de Bolonia. Ya entonces pude captar más incertidumbre o incluso escepticismo, que entusiasmo. A día de hoy parece que no acaben de entenderse y de asumirse las directrices de Bolonia no sé si por desconocimiento de las mismas o por considerarlas incompatibles con la idiosincrasia de la enseñanza de la teología. De igual modo parece que más que tender a un cambio o transformación del modelo y las metodologías, en algunos casos se ha optado por una superposición. A la clase magistral y presencial, al manual de turno o al correspondiente examen evaluatorio al final del cuatrimestre se han sumado la elaboración de trabajos donde se constate un cierto grado de investigación personal o la obligatoriedad de determinadas lecturas a realizar por el alumno fuera del horario lectivo. Bolonia se aprecia, de momento, más en las formas que en el fondo. Esto, añadido al perfil de la mayoría del alumnado (mediana edad, con responsabilidades familiares, laborales o pastorales), tal vez y solo tal vez, hace que los potenciales alumnos hayan desistido de emprender o de continuar con los estudios.

En el plano más personal y dado que, como he señalado, la mayor parte de mis estudios los he realizado con planes de estudios digamos convencionales o tradicionales, creo, siendo franco, que no he sido inmune a lo que se refería Juan Jesús como “síndrome del Istic”. Ciertamente no me percibo a mí mismo como teólogo ni tampoco me presento a otros como tal. No sé si tal vez me he limitado a ser un mero “magnetófono”, pero lo que sí sé es que aún me falta cierta seguridad o valentía para ser un “megáfono”, para hablar en voz alta de aquello que me crea desasosiego como cristiano y en tal caso como teólogo. A mi pesar, he de reconocer que sigo estigmatizado por lo teológico y eclesialmente correcto.

Ciñéndome a la cuestión de la enseñanza por competencias he de señalar que gracias a la formación recibida puedo reconocer, en muchos temas o materias, qué es lo esencial y qué es lo accesorio, algo que no es fácil si previamente no solo se han adquirido y captado bien los contenidos, sino que además se ha profundizado en los mismos. Así, cuando he tenido la oportunidad de transmitir los conocimientos recibidos he podido percibir que sabiendo bien qué es lo esencial podemos ayudar a que otros sepan distinguir la importancia, por ejemplo, de lo que se llama tradición con mayúsculas de lo accesorio que rodea ámbitos como el celebrativo o litúrgico.

Finalmente considero que la formación recibida me ha ayudado a reafirmar mi compromiso social aportando la perspectiva cristiana en diferentes ámbitos sociales, dada mi condición de laico, de forma que se propicien espacios de reflexión donde puedan abordarse cuestiones transcendentales que afectan a todos al margen, incluso, de las creencias personales o de una pertenencia eclesial concreta.

Mónica Rodríguez

Competencia General: distinción y evaluación crítica de los factores que configuran la realidad histórica.

Competencia Específica: Conocimiento de la realidad social, cultural y pastoral de la Diócesis de Canarias, tratando distintas situaciones en base a los conceptos, adquiridos en el estudio teológico.

Nada de lo que ocurre hoy está desvinculado del pasado. A lo largo de la historia, la teología y la filosofía, por una parte, han influido en los conocimientos de teólogos y pensadores que luego han configurado toda una realidad del pensamiento humano y por otra, nos dan herramientas críticas potentes para seguir adelante en una sociedad cada vez más preparada y complicada a la vez.

Como persona, a lo largo de mi vida, he adquirido un bagaje de conocimientos que me han llegado a través de experiencias propias e influencias externas.

En esta adquisición, la actitud es importante, pues depende de ella el cómo perciba de una otra forma, la realidad que me rodea. Para conocer la realidad sociocultural y pastoral, puedo tener los ojos abiertos o permanecer dormido o ausente a lo que sucede a mi alrededor. Si permanezco activo, vigilante, buscando conocer y profundizar en la realidad que me rodea, tiendo a ser crítico, comparando esta realidad con los conocimientos adquiridos y contrastándolos con mi visión personal, obteniendo así mis propias respuestas que pueden quedar para mí o hacerlas colectivas a través, en mi caso, de los medios de comunicación.

Les aporto un caso práctico, el que se ve claramente la aplicación de las competencias elegidas:

Una realidad: Hay mucha gente necesitada

Conocimiento de la realidad: Qué he aprendido en la carrera sobre este tema: El mensaje de Jesucristo a través de su vida y sus obras (la Biblia). De ahí interpretas que debes ayudar al prójimo. Y de ahí pasas al conocimiento vivencial, primero por la educación dentro de mi familia, por mi acercamiento a la pastoral, y a las diferentes realidades de nuestra Diócesis.

La actitud: Qué influencias puedo tener: Vienen del entorno en el que vivo, de mi madurez personal, de ver otras realidades en las que te das cuenta que necesitan de tu ayuda. Adquiero la visión histórica desde la teología, de que siempre ha habido pobres y ricos, buenos y malos... Con todo lo visto y aprendido, me pregunto: ¿Es normal?, ¿puedo actuar?, ¿tiene solución?

La respuesta: Puede ser individual: Le doy un bocadillo a una persona necesitada en la calle... O la multiplico: Informo en los medios de comunicación de que hay personas pasándolo mal y transmito cómo podemos, desde diferentes organismos, ayudar a los más desfavorecidos.

Al final, la carrera me ha servido para aplicarla a la vida y para mejorar e implicarme en las respuestas.

La educación debe devolver el gusto por pensar y no buscar la inmediatez. Ese es el camino al que conduce la teología: el de dejarnos espacio para discernir y darnos cuenta de que toda la teoría es aplicable en nuestra sociedad, en nuestras pastorales, en nuestra vida.

Enrique Alonso Morales

Competencia General: Capacidad de adaptación a nuevas situaciones históricas y culturales.

Competencia Específica: Criterio moral bien formado para valorar desde la ética cristiana las cuestiones morales actuales y venideras.

Desde que finalicé mis estudios de la Licenciatura en EE. EE., en estos años, me he dado cuenta de que lo que realmente me aportaron, más allá de todos los contenidos adquiridos, fueron las competencias y destrezas básicas en el quehacer filosófico y teológico en las que, poco a poco, fui siendo entrenado. Así, en la actualidad, me doy cuenta de que soy capaz de seguir indagando,

buscando, reflexionando filosófica y teológicamente en mi día a día, de cara a Dios y de cara a la realidad que me rodea y en la que intento insertarme transformadoramente.

De entre todas, me voy a centrar en una de las competencias generales y otras de las específicas que realmente marcan mi reflexión vital.

Con respecto a la competencia general: ***capacidad de adaptación a nuevas situaciones históricas y culturales***, y su específica: ***criterio moral bien formado para valorar desde la ética cristiana las cuestiones morales actuales y venideras***:

Fundamento del estudio filosófico y teológico es el acercarse a los textos fundamentales que la sustentan: la Palabra de Dios y los demás textos conciliares magisteriales. El estudio histórico crítico de los mismos, no solo el conocimiento, hace que siempre sean recursos utilizables y adecuados para el debate cultural. Reconozco que precisamente la cimentación de mi fe desde los estudios teológicos hicieron que haya aprendido a mirar la realidad con otros ojos, a comprobar lo realmente nuevo en el acontecer de la historia. Lo que en nuestra sociedad, economía, política aparenta ser nuevo pero que no son más que viejos esquemas. Esquemas que, en ocasiones, encierran errores que no conducen a la verdad que es Cristo sino a la infelicidad en la incomprensión del misterio del Ser Humano.

Obviamente muchos de los tratados de la carrera teológica no se podían presentar siempre conforme al debate con las nuevas situaciones históricas o culturales; pero la riqueza que adquirirían algunas de ellas al ser expuestas de tal forma por sus docentes consiguieron que se transformaran en las más “aplicables”. Un claro ejemplo son todas aquellas materias sobre Moral, Moral Social, de la Persona, Doctrina Social de la Iglesia, etc.

En definitiva, la carrera me ayudó en esta capacitación –en la que sigo formándome– para el diálogo Fe-Cultura. Este diálogo, cada vez más necesario, hace que no claudiquemos al pensamiento general de la postverdad, me atrevería a decir uno de los grandes peligros a los que la Iglesia se tendrá que seguir enfrentando dialécticamente y desde el ejemplo de vida.

Pienso que el relativismo y el pensamiento débil –también la teología débil– han dado a luz a la postverdad que, armada de lo “políticamente correcto” reniega y acaba con la Verdad revelada. Es el asalto al árbol del Bien y del Mal del que nos hablan los teólogos.

En ocasiones, se nos quiere imponer incluso legislativamente “verdades” contrarias a la Verdad revelada, sobre todo en el campo de las cuestiones morales que, incluso, son debatidas en el seno de la misma Iglesia por muchos de sus miembros. ¿Cómo situarte, cómo abordar un diálogo sereno con los que no piensan como tú, cómo hacerles descubrir el resplandor de la única y válida Verdad? Hoy, más que nunca, se hace necesaria la formación teológica que nos capacite para no dejarnos arrastrar por otras aguas que no sean las de la fuente de agua viva que salta hasta la eternidad.

GRUPO DE INVESTIGACIÓN THEOLAB

Juan Jesús García

Jesús Rodríguez

Mónica Rodríguez

Enrique Alonso